

MACHADO LECTUS



www.machadolibros.com

DIÁLOGOS

Paul Valéry

MI FAUSTO (ESBOZOS)

DIÁLOGO DEL ÁRBOL

EUPALINOS O EL ARQUITECTO

EL ALMA Y LA DANZA

Traducción de
José Luis Arántegui

LA IDEA FIJA

Traducción y notas de
Carmen Santos

MACHADO LECTUS

Número 12

EDITA **A. Machado Libros**

Labradores, 5. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com • www.machadolibros.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

© de la traducción: José Luis Arántegui

© de la traducción y notas de *La idea fija*: Carmen Santos

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2023

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-395-8

DEPÓSITO LEGAL: M-25.899-2023

Impreso en España

Índice

<i>Mi Fausto (Esbozos)</i>	9
Lust. La dama de cristal	15
El solitario o Maldiciones de universo	89
Apéndice. <i>Le solitaire</i> (pasajes en verso)	111
 <i>Diálogo del árbol</i>	 121
 <i>Eupalinos o el arquitecto</i>	 137
 <i>El alma y la danza</i>	 195
Nota editorial	219
 <i>La idea fija</i>	 231
Nota de la traductora	233
Al lector de esta nueva edición	235
<i>La idea fija</i>	239

Mi Fausto
(*Esbozos*)

*Al lector
de buena fe y mala voluntad*

El personaje de Fausto y su espantoso compinche tienen derecho a cualquier reencarnación.

El acto genial de recogerles hechos unos títeres de la feria o de la leyenda, y llevarles, como por efecto de su propia temperatura, al más alto grado de existencia poética, parece que hubiera de prohibir para siempre a cualquier otro empresario de ficciones tomarles por sus nombres y obligarles a moverse y manifestarse en nuevas combinaciones de sucesos y palabras.

Mas nada demuestra la potencia de un creador con mayor certeza que la infidelidad o insumisión de su criatura. Cuanto más viva la ha hecho, más libre. Aun su rebelión enaltece a su autor: Dios lo sabe...

El creador de estos dos, de Fausto y del Otro, los engendró tales que vinieran a ser después de él instrumentos del espíritu universal: desbordan de lo que en su obra fueron. Él les dio antes «empleos» que papeles; los consagró para siempre a expresar ciertos extremos de lo humano y lo inhumano, y así, los desvinculó de cualquier aventura particular. De modo que me he atrevido a servirme de ellos.

Tantas cosas han cambiado en este mundo desde hace cien años, que bien podía uno dejarse seducir por la idea de sumergir en este espacio nuestro, tan diferente de aquel de los primeros lustros del siglo XIX, a los dos famosos protagonistas del *Fausto* de Goethe.

Entonces, cierto día de 1940, me sorprendí hablando a dos voces, y me dejé llevar a escribir cuanto venía. De manera que así, con pres-teza y sin plan, lo confieso, sin cuidarme de acciones ni dimensiones, esboqué los actos que aquí ofrezco de dos piezas muy diferentes, si es que lo son. Veladamente, me encontraba algo así como el vago propósito de un tercer Fausto, que podría comprender un número indeterminado de obras más o menos hechas para el teatro: dramas, comedias, tragedias o fantasías escénicas, según la ocasión; verso o prosa, según el humor; producciones paralelas, independientes, que yo sabía, empero, que jamás existirían... Pero así es como de escena en escena, de acto en acto, se compusieron estas tres cuartas partes de *Lust* y esos dos tercios de *El solitario* reunidos en este volumen.

P. V.

Lust¹
La dama de cristal
(Comedia)

ACTO PRIMERO
Gabinete de trabajo de Fausto

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, FAUSTO y LUST riéndose a carcajadas

FAUSTO.—¡Basta, Lust! ¡Vale ya! ¡Aquí no se ríe! (*Ella deja de reír.*) ¡Si usted supiera lo que es la risa! (*Ella vuelve a reírse a más y mejor.*) ¡Basta le digo... basta! Es insoportable. O váyase usted a reír al jardín...

LUST.—Perdón, Maestro.

FAUSTO.—¿Y de qué se reía?

LUST.—Pues... una idea que tenía.

FAUSTO.—¿Qué idea?

LUST.—(*Nuevo ataque de risa.*) Una hi... hi... idea... (*Deja de reír.*) Fíjese, ¿pero usted ha visto?... una idea... no sabría cómo contársela... lo primero, que seguro que no es del todo una idea, y luego, que me noto que me volverá a entrar la risa, como me ponga otra vez con esa cosa del espíritu que me hace cosquillas por todo el bicho... No se crea, que a mí no me gusta esto de reír... ¡hace un daño!...

FAUSTO.—Y a mí me aburre, y pierdo el tiempo esperando que a usted se le agote su carga de potencia pueril...

LUST.—Perdón, Maestro... Un poco es culpa suya. Demasiado sé yo lo que es reír. El otro día, me dictó usted que reír es rehusarse a pensar, y que el alma se desembaraza de una imagen que le parece imposible, o inferior a la dignidad de su función... igual que hace... el

¹ Placer, en alemán; recuerde el lector que también Faust es nombre común en esa lengua: vamos a oír al Dr. Puño y la Srta. Gusto. Por no mentar a Mefistófeles.

estómago, con todo aquello de lo que no quiere asumir responsabilidades, y por el mismo procedimiento, una convulsión grosera.

FAUSTO.—¿Y qué, no es verdad? ¿Y no es muy notable que alma y estómago recurran por igual a la fuerza bruta para... rechazar?

LUST.—Sí, pero reír es menos repugnante.

FAUSTO.—Eso depende de quién se ría... Bueno... ¿y su idea?

LUST.—Perdón, Maestro... Resulta que hace un momento, de repente, estaba pensando otra vez en su hermosa definición... no sé qué es lo que ha dicho que me ha hecho pensar en ella, y mira por dónde, al llegar a las palabras «convulsión grosera», algo, no sé bien qué, ha querido que yo me riera, ¡y ya, hecho...! Inútil resistirse. Y más, cuando a cada pausa yo misma me decía convulsión grosera, convulsión grosera... ¡Esta, para el Maestro: aquí tiene una convulsión grosera que observar!... ¡Qué tontería... qué tontería!... ¡Y me reía!

FAUSTO.—¡Está bien, ríase, ríase! (*Ella ríe.*) ¿Sabe que como convulsión grosera no está nada mal... enseña usted unos dientes pero que muy blancos, señorita, y ese bello desorden, esa hermosa agitación con que su cuello desmandado se bate en retirada, podría hacer cundir una de esas deserciones del pensamiento que llevan muy lejos... Guárdese usted de reír delante del primero que pase.

LUST.—Pero dicen que la risa desarma...

FAUSTO.—Pero lo que no dicen es que está inerme.

LUST.—Perdón, Maestro, perdón otra vez. No lo haré más.

FAUSTO.—Estoy tan seguro de eso como usted. Vale. ¿Está dispuesta a concederme un poco de trabajo? Bien. Retomemos lo que le dicté ayer.

LUST.—¿Las memorias, o el tratado?

FAUSTO.—Ya le he explicado, ayer mismo, que estaba haciendo de las dos una sola obra.

LUST.—No le había entendido. Es que a veces su espíritu se eleva tan deprisa y tan alto que...

FAUSTO.—No está aquí para entender, pequeña. Está para escribir lo que yo le dicte, releerme lo dictado, y aparte de eso... aparte de eso, para no resultar desagradable al mirarla sin reflexionar. ¿Entiende?

LUST.—Como no estoy aquí para entender...

FAUSTO.—Entienda lo que le digo, y no se meta a entender lo que le dicto, ¿está claro? ¿O es que hay que explicárselo?: le dicto lo que pienso. Mientras pienso, mientras espero a mi pensamiento... o alguna palabra más afortunada que la más afortunada de las ya venidas, conviene que mis ojos estén ocupados en algún objeto particularmente propicio, en el que se queden prendidos y se entretengan inocentemente, como la mano que distraída halaga y acaricia, bien lejos del espíritu, cualquier cosa, un adorno o un marfil que le son familiares...

LUST.—Soy yo, Maestro, la que se siente halagada por desempeñar este papel, tan honroso y modesto, de objeto particularmente propicio para hacer discretamente que la máquina de sus pensamientos marche con suavidad... Pero ¿no cree usted que a esa mano distraída le resultaría de verdad más agradable acariciar una bonita gata, dulce y tibia, que un marfil, que es duro y frío?

FAUSTO.—¿Una gata? ¡Dulce y tibia! ¡La idea no es absurda! Pero no abuse de ella... ¡Vamos, a trabajar!... Primeramente, he de repetirle la economía de mi proyecto, para que no cometa más errores con el orden de los fragmentos. Capte bien mi propósito general: puedo escribir mis memorias... por otra parte, puedo componer diversos tratados sobre temas varios. Pero eso justamente es lo que no quiero hacer, y lo que me aburriría hacer. Y además, lo encuentro una especie de falsificación, eso de separar el pensamiento, aun el más abstracto, de la vida, aun la más...

LUST.—¿... viva?

FAUSTO.—Digamos la más vivida... Así es que he resuelto insertar pura y simplemente, tal como me vinieron, mis observaciones, especulaciones y tesis en el relato, francamente asombroso, de cuanto aconteció y de mi trato con hombres y cosas...

LUST.—¿Con hombres nada más?

FAUSTO.—Y mujeres, sin duda.

LUST.—¿Hombres y mujeres nada más?

FAUSTO.—Y algunos otros personajes de alto rango, o de muy bajo, que ni son hombres ni mujeres.

LUST.—Entiendo... He oído decir que toda persona extremadamente superior no era de ningún sexo, o de los dos.

FAUSTO.—Venga, vuelva a leerme ese comienzo.

LUST.—(*Coge su cuaderno y lee.*) «Tratado de la Aristía. La aristía es el arte de la superioridad...»

FAUSTO.—¡Que no!... la aristía no debe aparecer hasta el capítulo décimo, o undécimo...

LUST.—(*Coge otro cuaderno.*) Perdón... ¿Entonces será esto... (*lee*) «Eros energúmeno...»?

FAUSTO.—¿Pero qué dice?... ¿Qué título es ese?...

LUST.—Me lo habrá dictado usted. Yo leo lo que pone. Igual he oído mal.

FAUSTO.—¿Eros energúmeno?... ¡Eso es imposible! ¿Eros energúmeno?... Eso no es mío. Pero no está mal. Sea fruto del azar, trabuco mío, o distracción suya, me gusta: ¡me lo quedo! Eros energúmeno, Eros como fuente de una energía extrema... ¡Ya estoy viendo lo que puedo sacar de ahí! Sí. Con que apúnteme ese título en un papel rosa... Toda una bacanal de ideas se agita en mí tras esas dos palabras. Para qué más: ¡Eros energúmeno!... Algún día encontraremos el tesoro del que son la clave... ¡Venga!

LUST.—Apuntado... Esto sí que es el genio...

FAUSTO.—¿A que sí?... Ya ve que simple. Se trata de ser sensible a cualquier azar. Venga, encuéntreme ya de una vez el comienzo de mis memorias.

LUST.—¡Ah!, esta vez sí que lo tengo. Aquí está... (*lee*) «Memorias de mí, por el profesor doctor Faustus, miembro de la academia de ciencias muertas, etc. Héroe de varias obras literarias reputadas...»

FAUSTO.—El título está bien... Añada: «literarias y musicales muy reputadas...». Sigamos.

LUST.—«Al lector de buena fe y mala voluntad...»

FAUSTO.—Es el lector ideal... Lo pondré en latín... Dele...

LUST.—(*Lee.*) «Tanto se ha escrito sobre mí que ya no sé quién soy. Ciertamente no he leído todas esas obras, tan numerosas, y sin

duda hay más de una cuya existencia ni siquiera me ha sido señalada. Pero aquellas de que he tenido conocimiento me bastan para darme una idea singularmente rica y múltiple de mi propio destino. De suerte que puedo escoger libremente lugar y fecha de nacimiento entre varios millares, todos igualmente atestigüados por documentos y testimonios irrefutables, producidos y discutidos por críticos equivalentemente eminentes. De manera semejante, con el corazón en la mano me cabe dudar si he estado casado o no, si una o varias veces; si mi esposa tuvo una conducta conforme a la costumbre...» Perdón, Maestro, pero esto es un poco... ambiguo...

FAUSTO.—En mí, todo debe serlo... Por lo demás, la costumbre es lo que uno quiera, en materia de conducta... Siga.

LUST.—(*Lee.*) «... conforme a la costumbre o a la naturaleza, y otro tanto ocurre con mis modales, de los que se puede y se debe decir todo, ya que soy un hombre célebre...». ¿De verdad?

FAUSTO.—Sin duda... son las otras caras de la gloria. Siga.

LUST.—(*Lee.*) «De todo ello resulta que mi vida, tal como la recuerdo, se entremezcla con todas esas vidas no menos imaginarias, pero tampoco menos auténticas, que se me han atribuido. Poco importa. Eso es lo que yo soy...» Es maravilloso... Decir que existe... y que es todo usted.

FAUSTO.—¿Y usted qué sabrá...? Siga.

LUST.—(*Lee.*) «Poco importa. Eso es lo que yo soy. El pasado no es más que una creencia. Una creencia es una abstención de las potencias de nuestro intelecto, al que repugna formarse todas las hipótesis concebibles sobre cosas ausentes y darles a todas igual fuerza de verdad. Pero jamás me abstuve de dar forma así a lo que debía ser mi historia, y por consiguiente yo, propiamente hablando, no tengo pasado. Lo que he hecho, lo que he querido hacer, lo que hubiera podido hacer, están ante mí en estado de ideas igualmente vivas, y me encuentro capaz por igual de cada una de las aventuras que mi memoria me presenta o me prestan mis biógrafos con tal generosidad. Con todo...»

FAUSTO.—¿Con todo...?

LUST.—Es todo. Aquí se paró... Vinieron a recordarle la hora de la gran cena de gala con el Ministro de la Intelectualidad. Tuvo que ponerse ese traje suyo tan bonito, con la espada, y las cintas, y las plumas, y las estrellas... Estaba usted magnífico de verdad, ¡un auténtico príncipe de las ideas!

FAUSTO.—¡Las he hecho esclavas mías!... Dígame: ¿no encuentra todo esto bastante abstracto, jovenzuela?

LUST.—¿Le tengo que decir la verdad?

FAUSTO.—Le dejo que escoja la mentira que le parezca más digna de ser la verdad.

LUST.—¡Ay, Maestro!, que yo no tengo tanto ingenio para poder escoger. Usted lo que quiere preguntar es si ese trozo no es demasiado abstracto, ¿y qué le voy contestar yo? Le confieso que casi no es cucho lo que releo... Y cuando me dicta, siempre estoy pensando en otra cosa, mientras escribo.

FAUSTO.—¡Cómo...! Entonces ¿no puedo apoyarme en usted para nada?

LUST.—¡Al contrario, Maestro!... Si yo pensara en lo que me dicta, escribiría peor... Llegaría a mezclar cosas mías en su hermoso estilo.

FAUSTO.—Quizá quedara bastante bien... Pequeños arroyos de agua fresca en mi arena reseca... ¿Y qué se le viene en mente, por ejemplo?

LUST.—Oh... naderías. Naturalmente. Cualquier cosa. A veces preguntas indiscretas. No se puede estar cerca de usted sin pensar en un montón de cosas...

FAUSTO.—¿Como qué? Dígame un poco.

LUST.—No.

FAUSTO.—Sí. Yo quiero. Es preciso. Ya que le dicto mis memorias, me expongo a toda su curiosidad... ¡A propósito!, le prevengo... es mi deber prevenirla de que en estas memorias que he emprendido llegará con toda seguridad más de una página que quizá le resulte bastante embarazoso escuchar. Y aún más, releérmelo a continuación. Pero quiero dar la impresión de sinceridad más fuerte y más punzante que haya podido dar jamás libro alguno, y no se logra tan poderoso efecto sino cargando uno con todos los horrores, ignominias íntimas o experiencias execrables, ciertas o falsas, que

un hombre pueda haber cavilado. No hay nada tan vil o tan tonto que no dé un toque de verdad a la historia de uno mismo. Por consiguiente, si sus castos oídos...

LUST.—¿Mis oídos?... ¡Pero cómo!, ¡hasta los oídos! Eso sí que no lo sabía... ¿Así que los oídos pueden no ser castos? ¡Mis lindas orejitas! Pero ¡vaya inventos! ¿Qué diantres se puede hacer con las orejas, aparte de un pequeño agujerito para las perlas...?

FAUSTO.—El hecho es que los oídos llaman a las perlas... Son encantadoras, esas pequeñas orejas... (*Coge una entre sus dedos.*) Maravillosamente desplegadas... Hechas para oír sin comprender, y para captar lo que no se dice. Estoy seguro de que esta entiende muy bien lo que le estoy contando en este momento. (*Suelta la oreja.*) La naturaleza tiene cierta debilidad por las espirales nacaradas, con las que moldea raras joyas en la mar, y ese adorno que son los oídos a ambos lados de una cabeza bonita... Pero no, se trataba de algo muy distinto. Quería decirle que si no se siente segura, completamente segura de que no le va a molestar ni a chocar... ni a interesar... ni a interesarle demasiado lo que le dicte, será mejor para usted y para mí que vaya pensando en un empleo menos expuesto para sus talentos...

LUST.—Maestro, si entiendo lo que me dicte, puedo oírlo, y si no lo entiendo...

FAUSTO.—Si no lo entiende, intentará entenderlo, y eso es lo peor, con mucho. ¿Quién sabe qué se inventará? Los inocentes son terribles. Usted misma me dice que ya le vienen a la mente preguntas indiscretas, y eso que aún no le he dictado nada que no sea perfectamente puro.

LUST.—¿Mis preguntas, Maestro? La verdad, no había más que una...

FAUSTO.—Diga.

LUST.—¡Oh, no...! Jamás me atrevería...

FAUSTO.—Sí. Yo lo quiero. Lo ordeno. Hay que llegar hasta el final. Hasta el final, sin el que...

LUST.—¿Sin el que qué...?

FAUSTO.—Sin el que todo el resto de sus pensamientos que se reserve para usted le pesará en el corazón, mientras la sensación de su re-

ticencia quizá se propague a mi espíritu. Y desde ese momento se acabó la confianza, y nuestro trabajo se resentirá. Pero a mí, por el contrario, me gustaría tanto tener la certeza de una confianza plena y clara entre nosotros, tener por secretaria una dama de cristal...

LUST.—¡Qué título más bonito! ¡La Dama de Cristal! Y además suena a apellido, un hermoso apellido: Lust de Cristal... La vizcondesa Lust de Cristal... Se pueden firmar novelas.

FAUSTO.—En fin, ¿lo quiere usted? ¿Se lo queda? Pues bien, ¡merézcalo! Sea transparente. Hable. Contésteme.

LUST.—Bueno, ya que es necesario.... ya que usted lo exige... ya que debo ser transparente... hablaré... le voy a preguntar... pero no me lo tome a mal... el espíritu sopla por donde quiere...

FAUSTO.—Error común. Sopla por donde puede, y lo que puede. ¡Venga, hable!

LUST.—Pues bien, Maestro, ¿es verdad que ha tenido tratos con...?

FAUSTO.—¿El diablo? (*Lust asiente con una seña.*) Naturalmente. Como todo el mundo. ¿Conoce usted a alguien que no haya tenido relaciones particulares con él? Es imposible. ¿Cómo hacer para no tenerlas? Haría falta no pensar, ni soñar, ni sentir... Mire, ¿qué hace usted en este momento, pequeña? Arde de ganas, joven Lust, arde por saber...

LUST.—Vaya, que si le ha visto.

FAUSTO.—Así se ha dicho. Así se ha escrito. Hasta se ha cantado, y mucho. Tan dicho, tan escrito y tan cantado, que he acabado por creérmelo... Pero ahora... empiezo a no creerlo.

LUST.—¿Después de tres mil representaciones? ¿Y por qué?

FAUSTO.—Es que mi destino es dar la vuelta entera a todas las opiniones posibles, pasar por todos sus puntos, conocer sucesivamente todos los gustos y todos los ascos, y hacer y deshacer y rehacer todos esos nudos que son los sucesos de una vida... Ya no tengo edad... Y esta vida no estará acabada hasta que no haya acabado por quemar cuanto adorara, y adorar cuanto quemara.

LUST.—¡Pobres de las señoras que le amaron! Las habrá metido al horno del laboratorio.

FAUSTO.—Sería inútil. Con la vida basta. Además, la mujer tira mal. Hay que estar vigilando la combustión todo el tiempo, y mantener el hogar. Es muy costoso, y cansado.

LUST.—Eso de la vuelta entera a las opiniones me recuerda al médico de mamá. Durante diez años le quitó la sal, bajo pena de muerte... Luego, se la volvió a poner, y estoy segura de que se prepara para desalarla otra vez, algún día. Pero... ¿y mi respuesta? Aún no la tengo... ¿de verdad le ha visto, lo que se dice ver? ¿Cómo es?

FAUSTO.—Pues lo que uno quiera. ¿Lo entiende?: lo que uno quiera. Todo lo que se quiere, se quiera lo que se quiera, siempre puede ser él.

LUST.—Sigo sin mi respuesta, Maestro... No tengo más que réplicas.

FAUSTO.—Y añadiré que se transforma en muchas cosas, bajo las cuales basta tener buen ojo para reconocerle. Fíjese, qué buen tiempo hacía ayer. Templado y suave, después de la tormenta... era él. Aquel pequeño banco al sol, que invitaba a cuanta languidez pueda proponer un banco suavemente dorado, y notablemente apartado, bajo unas hojas que lo acarician, eso es él. Cierto sabor a fresas, o más bien su recuerdo, aún más poderoso, sigue siendo él... Y usted misma, para perdición del paseante que se vuelve al pasar y ventea su vuelo... es él, Lust... él es usted misma.

(*Llaman.*)

LUST.—No, Maestro. Todo eso es literatura. Eso no es él.

FAUSTO.—¿Literatura? La literatura, ay, no siempre es él. Como se ha dicho a propósito de otra cosa, muy a menudo no tiene ni su encanto ni su profundidad... (*Llaman. Entra el Sirviente Típico.*) ¿Qué hay?

EL SIRVIENTE TÍPICO.—Señor profesor, es un señor.

FAUSTO.—¿Le ha dicho su nombre?

EL SIRVIENTE TÍPICO.—Es un señor que dice que era amigo del señor... es más bien grande, más bien flaco... No me he quedado con su nombre... habla con un acento curioso, más bien extranjero.

FAUSTO.—(*Declamando.*) Habla italiano con acento ruso...

EL SIRVIENTE TÍPICO.—No lo sé, señor.

FAUSTO.—Está bien. Hágale subir. (*A Lust.*) Señorita, sea tan amable de esperarme en el laboratorio, donde no vendría nada mal cierta idea de limpieza y una pizca de orden.

LUST.—Allí voy, Maestro. (*Aparte.*) ¡Es él!...

(*Exit.*)

ESCENA SEGUNDA

FAUSTO, MEFISTÓFELES, *en levita de clergyman, muy elegante, con orejas puntiagudas de cabrón*

MEFISTÓFELES.—Esta pequeña especie es sumamente curiosa respecto al diablo. ¿Es que había que venir de rojo y en cuernos, con los alerones, las garras y la cola?

FAUSTO.—Estás muy bien así... ¡Y te sirves de una puerta para entrar...! ¡Y hueles que embalsamas, a fe mía!

MEFISTÓFELES.—¿A que sí? Una ínfima modificación en el clásico sulfuro, y voy difundiendo la flor más halagadora para el olfato.

(*Se instala tan guapamente sobre la mesa.*)

FAUSTO.—Sabes muy bien que los perfumes son lo más traicionero del mundo. Anuncian, esbozan y denuncian los más deliciosos deseos. ¡Quien se perfuma se ofrece! Un gran santo pretendía que los olores impiden meditar.

MEFISTÓFELES.—Eso que llevaremos ganado. La meditación es un vicio solitario, que cava en el aburrimiento un agujero negro que la idiotez viene a colmar. Yo le debo mucho a la meditación... ¿Qué hay que hacer con esta muchacha?

FAUSTO.—No corras tanto. No se trata de deshojar una nueva Margarita.

MEFISTÓFELES.—¿Le has prometido perlas?

FAUSTO.—Que no...

MEFISTÓFELES.—Aquí tienes. (*Abre la mano: cae una sarta de perlas.*)

FAUSTO.—Que no, que no... Tú escuchas cuanto se dice, pero he notado que a menudo lo entiendes todo torcido. Estás lleno de ideas preconcebidas.

MEFISTÓFELES.—Confieso que he tenido una bonita idea, de las mejor preconcebidas, cuando te he colado en tu barullo de papeles a la cuartilla del Eros energúmeno.

FAUSTO.—Ese título es arrebatador. ¿Me lo das?

MEFISTÓFELES.—¿Y qué quieres que haga? Cógelo... Saca el genio de tu genio malo. Pero no creo que nunca saques gran cosa de esas dos palabras mágicas... Han puesto demasiado nerviosa a la señorita. En cuanto a ti... ¡A ti!... ¡Tú, Eros energúmeno!... ja, ja, ja. (*Ríe.*) ¡Convulsión grosera... tú... ja, ja, ja!

FAUSTO.—Te repito que no se trata de un nuevo caso Margarita.

MEFISTÓFELES.—Espero sinceramente que el género se haya agotado. Ni tú ni yo, cada cual conforme a su natural, estamos ya para combinar un rejuvenecimiento suplementario con una virginidad complementaria. Aunque... siempre se puede pensar en ello... Yo siempre pienso en todo. Con que explícate, ya que me has invocado.

FAUSTO.—¿Yo?

MEFISTÓFELES.—Tú. Tú has pensado tres mil doscientas veces en tu viejo servidor desde hace ocho días, desde que la señorita transparente está en tu casa. De bien lejos he sentido estremecerse la resonancia de la idea que tienes de mí... pero no he podido distinguir con qué fin. Tu docta cabeza es tan abstrusa, tan complicada, tan embrollada de raros conocimientos y tan penetrada de análisis extremos, petrificada por tantas contradicciones, tan hiperdelirante y extralúcida a un tiempo, que jamás sé a qué vas ni qué quieres, puesto que ni tú mismo lo sabes, con que yo no voy a saber de ti más que tú. Pero he percibido perfectamente, sin embargo, tres mil y doscientas veces, en ese caos de espíritu, cierto deseo o necesidad de verme; deseo o necesidad confusamente ligado con la Lust en cuestión. Yo también tengo orejas. De cabrón, se entiende, nada de perlas.

FAUSTO.—Puede que tengas razón. Tengo proyectos. El amor no viene al caso. En lo tocante a Lust, mis intenciones son simples y casi puras.

MEFISTÓFELES.—Una pizca de energúmeno, un esbozo de Eros...

FAUSTO.—No sé yo si tu bestialidad puede entenderme. Los espíritus son brutales como actos puros que son, por su misma esencia. ¿Puedes concebir que yo necesite a mi lado una amable devoción, una presencia dulce y complaciente, y muy cerca de ser tierna? E incluso... bastante tierna. Sí, la ternura sin más.

MEFISTÓFELES.—La ternura desnuda.

FAUSTO.—Que no... La ternura bastante bien vestida. Eso es todo. Nada de demostraciones excesivas. Nada de amor: demasiado bien sé que acaba en ruina, disgustos y desastres: ¡y es el frío, el odio, o la muerte quien da término a esos juegos de la carne o el corazón, quien ajusta las cuentas a las delicias! Pero te vuelvo a decir que no quiero más que una presencia dulce cerca de mi pensamiento, una asistencia sensible, y efectiva, pues Lust tendrá que trabajar bajo mis...

MEFISTÓFELES.—Bajo tus.

FAUSTO.—Guárdate tus idioteces. ¡Te digo que no eres más que un espíritu, y no hay espíritu ni genio que tenga ingenio! Ser no es tener.... En suma, que veo junto a mí a una persona relativamente seria en la alegría, y relativamente alegre en las cosas serias; relativamente tierna en el trabajo; relativamente hacendosa...

MEFISTÓFELES.—En las ternuras... ¿Por qué no pones un anuncio?

FAUSTO.—Pero si ya la tengo, estoy seguro.

MEFISTÓFELES.—De lo que yo estoy seguro es de que lo que tienes te tiene.... todo esto no me dice nada de qué es lo que pinto ahora en tu historia, ya tan cargada. ¿Que me quieres? ¿Qué hago aquí? Tú ya no eres negocio; nuestras cuentas están saldadas. En cuanto a esa persona relativamente alegre y etcétera, llegará ella solita adonde tiene que llegar... irá corriendo. Es vano ocuparse de eso. ¿Y entonces?

FAUSTO.—Me puedes hacer cierto servicio.

MEFISTÓFELES.—Bien lo sé. Nunca se piensa en mí con ánimo desinteresado. He ahí la triste suerte de toda potencia verdadera. Se nos toma por servicio doméstico afecto a menesteres difíciles que requieren talentos sobrenaturales... Se invoca a los santos, o se convoca al diablo: ahí no se anda nadie con miramientos. Con que la gente se apañe su asunto, ni les preocupa si el socorro viene de arriba o de abajo.

FAUSTO.—Es justo. El hombre está a medio camino entre los dos. Pero aún no he terminado. Quisiera servirme de ti; pero en una empresa bien distinta de todas aquellas en que por lo general se te da empleo.

MEFISTÓFELES.—El mal es bueno para cualquier cosa.

FAUSTO.—¡Espera! Quisiera servirme de ti, pero quizá prestarte a la vez cierto servicio.

MEFISTÓFELES.—¿A mí?

FAUSTO.—Escucha. No te puedo ocultar que ya no ostentas en el mundo la posición tan alta que ocupaste antaño.

MEFISTÓFELES.—¿Tú crees...?

FAUSTO.—Te lo aseguro... ¡Oh, no hablo de tu volumen de negocios, ni siquiera de beneficios netos! Sino del crédito, la reputación, los honores...

MEFISTÓFELES.—Puede ser, puede ser...

FAUSTO.—Apenas das miedo. El Infierno ya no aparece más que en el último acto. Ya no rondas los espíritus de los hombres de estos tiempos. Ciertamente quedan algunos grupitos de aficionados, y poblaciones atrasadas... Pero tus métodos están caducos, y tu físico resulta ridículo...

MEFISTÓFELES.—¿Y se te ha metido en la cabeza rejuvenecerme, acaso?

FAUSTO.—¿Por qué no? Cada quien a su turno.

MEFISTÓFELES.—Tentador...

FAUSTO.—Sobre todo me quiero divertir un poco. Es el medio que he encontrado para distraerme un poco de mí mismo. Haríamos intercambio de poderes.

MEFISTÓFELES.—Esto me desborda. ¿Osas pretender siquiera que yo pueda necesitarte?

FAUSTO.—Sé lo que me digo. Tú estás en la eternidad, mi querido diablo, y no eres más que un espíritu. De modo que no tienes ni sombra de pensamiento. No sabes dudar ni buscar. En el fondo eres infinitamente simple. Simple como un tigre, que es pura omnipotencia a la hora de hacer presa, y que se reduce a un instinto de ladrón. Todo se lo debe a carneros y cabras: sus músculos y sus

colmillos, sus astucias y su formidable paciencia. ¡Nada más hay en ti, devorador de almas que no sabes saborear! No dudes siquiera de que hay en el mundo otra cosa bien distinta del bien y el mal. No te lo voy a explicar. Serías incapaz de entenderme. Solo te digo que puedes tener necesidad de alguien que piense y reflexione por ti. El puro espíritu, aun el impuro, es absolutamente incapaz.

MEFISTÓFELES.—Jamás se me ha hablado en ese tono. Al menos, desde... hace mucho. Dices que soy incapaz de pensamiento, yo que penetro todos los vuestros...

FAUSTO.—No. Tú te mueves como el rayo por los caminos más cortos de la naturaleza humana. Esos son los caminos del mal.

MEFISTÓFELES.—Todo eso está por ver... ¡Eres un personaje tan extraño! He conocido muy pocos que hayan sabido, querido y podido ponerse fuera del juego como tú. Han pasado entre mis uñas miles de millones de almas, y bien se hayan librado, bien se hayan quedado en ellas, lo que sí he observado es qué pequeño es, entre ese enorme número, el de los seres sin par. He visto diez mil Césares tan brillantes como Julio, y Platones, Sófocles, Arquímedes, Confucios y Praxiteles, a esgalla. Y no te digo nada de bellezas que se creyeron sin rival, virtuosas de primera magnitud, anacoretas desmedidos, y toda clase de artífices de algo sublime... Si supieras qué divertido y qué cómico es considerar una masa de gentes únicas, aglutinadas todas como abejas. Es una de las vistas más bonitas de mi casa. Cada cual se cree único en su valor, y sin duda ha hecho lo que hiciera falta para no tener semejante en su talento, gracia, violencia o profundidad. Allá abajo, me basta con poner al genio con el genio de la misma especie para arrojar a la desesperación eterna a todos los orgullosos a lo grande, y mantenerles allí. Allí pasa con ellos como con el diamante, que con todo su resplandor se os haría semejante al vidrio si ese carbón recocado al-fombrara las playas, o conocierais como yo las entrañas de los viejos volcanes. Si se supiera la sobreabundancia que hay de lo más raro, y la cantidad de hombres de primera fila por cada millar de siglos, el diamante del orgullo caería hasta cero... Pero tú sí me interesas. Tu caso —quizá— es muy particular.

FAUSTO.—Respiro.

MEFISTÓFELES.—Sí. No han podido retenerte ni el cielo ni el infierno. Se diría que has vomitado indistintamente la miel de sus promesas y la hiel de sus amenazas. Por eso es posible que me asombres, cosa sumamente asombrosa.

FAUSTO.—Bien, cerremos un trato...

MEFISTÓFELES.—Pero si no me has dicho nada...

FAUSTO.—Escucha: quiero hacer una gran obra, un libro...

MEFISTÓFELES.—¿Tú? ¿No te basta con ser un libro?

FAUSTO.—Tengo mis razones. Sería una íntima amalgama de mis recuerdos falsos y verdaderos, de mis ideas y previsiones, de hipótesis y deducciones bien sacadas, de experiencias imaginarias; ¡todas mis distintas voces! Se podrá coger en cualquier punto y dejar en cualquier otro.

MEFISTÓFELES.—Eso no es demasiado nuevo. Ya se ocupa cada lector.

FAUSTO.—Quizá no lo lea nadie; pero quien lo haya leído ya no podrá leer otro.

MEFISTÓFELES.—Se habrá muerto de aburrimiento...

FAUSTO.—Cállate... Quiero que esa obra esté escrita en un estilo de mi invención, que permite pasar y repasar a maravilla de lo raro a lo común, de la absoluta fantasía al extremo rigor, de la prosa al verso, y de la verdad más llana a los ideales más... más frágiles.

MEFISTÓFELES.—No conozco otros.

FAUSTO.—Un estilo, en fin, que abraza todas las modulaciones del alma y todos los saltos del espíritu, y que, como el espíritu mismo, a veces se recobre en lo que expresa para sentirse el que expresa, y que se haga reconocer como voluntad de expresión, cuerpo vivo del que habla, despertar del pensamiento que de golpe se asombra de haber podido confundirse por algún tiempo con algún objeto, por más que tal confusión sea precisamente su esencia y su papel...

MEFISTÓFELES.—Jo, jo... se ve que has tenido tratos conmigo. ¡Ese estilo me parece completamente mefistofélico, señor autor! En resumen, que el estilo es el... diablo.

FAUSTO.—Los más grandes me han dado ejemplo en eso de tomar prestado.

MEFISTÓFELES.—¡Por mi tenedor, que lo apruebo! Si ocurre que una bella roba las joyas de una fea opulenta, no veo en ello más que la reparación de un desorden y el justo restablecimiento de la armonía, y secundo tal justicia con lo mejor de mí mismo. Es justo y digno que la bella lo sea lo más posible, y la fea no haga escarnio del decreto que la hizo objeto lamentable del que la vista huye.

FAUSTO.—Así es que tengo en la cabeza esa gran obra que debe embarazarme al fin de mí mismo, del que tan desligado estoy ya... Quiero acabar ligero, desligado para siempre de cuanto se asemeje a algo... y partir hacia ti... o hacia tus antiguos colegas, con el espíritu y las manos libres, como un viajero que abandona su equipaje y parte a la ventura sin cuidarse de lo que deja atrás.

MEFISTÓFELES.—¡Vamos, que quieres acabar de literato, como un simple conquistador! Así que es difícil sostener la pluma... ¿acaso sé yo escribir?

FAUSTO.—Pero ahí está, es justamente de eso de lo que mi gran obra debe librarme de una vez por todas.

FAUSTO.—¿Y yo qué?, ¿me has tomado por viñeta?

FAUSTO.—¡Mira!, ¡qué buena idea! Pero no. Os necesito a Lust y a ti. Os conduciré a los dos (aunque con la ayuda de tus poderes) a diversos lugares del mundo, en los que me gustaría ver al Demonio clásico que tú eres. No te puedo ocultar que pareces pasado de moda. Parece que no concibes lo terriblemente nuevo de esta edad del hombre.

MEFISTÓFELES.—El hombre es siempre el mismo, y yo también. Yo persevero.

FAUSTO.—Perseveras en el error histórico. Hasta aquí los medios del espíritu humano eran tan débiles que no hacían más que arañar la superficie de las cosas, sin alcanzar de lleno a la sustancia de la vida. El mayor de los monarcas no podía más que matar y construir. Todo cuanto se imaginara que sobrepasaba a un poder tan limitado se suponía perteneciente a un orden sobrenatural. De esa creencia vivía la magia. Algo sabes tú de eso, ilustre Mefistófeles. Y tanto mejor debieras saberlo, no siendo sino un producto de la tradición...

MEFISTÓFELES.—Primero viñeta... ¿y ahora mito?

FAUSTO.—Pero si no hago más que tomarte por lo que te estás volviendo.

MEFISTÓFELES.—Y eso, a la vez que me pides un favor, ¡mira que eres humano! Los hombres sois siempre lo mismo, si es que no siempre los mismos.

FAUSTO.—Te digo que quiero hacerte un servicio, para empezar, haciéndote entender qué gravemente comprometida está tu propia posición por ese cambio inaudito del que te hablo.... Venga, si día tras día el hombre se está despojando del famoso «el mismo hombre» que te trabajas tú desde el pobre Adán. Tú te has consagrado devotamente a confundir y perder de generación en generación a ese viejo tipo de criatura, y practicas tu oficio...

MEFISTÓFELES.—Perdón: mi arte...

FAUSTO.—... tu arte, siguiendo una rutina bastante afortunada... hasta ahora. Aplicas una ciencia del corazón totalmente elemental, de una simplicidad absolutamente angelical, ilustrada más que ayudada por algún que otro golpe de efecto de física recreativa, siempre un poco parecidos... ¡Espera! ¡Déjame hablar! Y mientras reposabas así en la pereza de tu eternidad, apoyado en tus procedimientos del año I, el espíritu del hombre al que precisamente tú sacaste del nido... ha terminado por emprenderla con los fondos de la creación... figúrate que han vuelto a encontrar en lo íntimo de los cuerpos, y como más acá de su realidad, al viejo CAOS...

MEFISTÓFELES.—El CAOS... ¿el que yo conocí? No es posible...

FAUSTO.—Se te puede enseñar...

MEFISTÓFELES.—El CAOS....

FAUSTO.—Sí, el Caos, el viejo Caos, ese desorden primero en cuyas contradicciones inefables espacio, tiempo, luz, posibilidades y virtualidades se hallaban en estado futuro...

MEFISTÓFELES.—Han encontrado el Caos... ¡yo era arcángel!

FAUSTO.—Y hasta empiezan a palpar a tientas los principios de la vida. Escucha: en adelante ya saben cómo no extraviarse en sus propios pensamientos. Han entendido que el intelecto por sí solo no puede sino llevar a error, y que es preciso intruirse en someterlo

por entero a la experiencia. Toda su ciencia se reduce a poderes de la acción bien demostrados. El discurso ya no es más que un accesorio... Y escucha esto aún: de cuanto así descubren, nada se parece a lo que antaño imaginaran. No queda nada de las verdades y ni siquiera de las fábulas que les venían de los primeros tiempos.

MEFISTÓFELES.—Es terrible.

FAUSTO.—Veo que empiezas a emocionarte. Es una sensación que me importa, pues mi idea es hacerte ver todo eso de bien cerca.

MEFISTÓFELES.—Con la dama...

FAUSTO.—Sí, quiero observar yo, y que ella las anote para mi gran obra, las reacciones del diablo ante las varias irritaciones que su visita al tiempo nuevo no podrá dejar de provocar en el espíritu infernal... Medita, Satán, medita que tan extraordinario cambio puede alcanzarte incluso a ti en persona, en tu temible persona... Está en juego la suerte misma del Mal... ¿Sabes que eso puede ser el fin del alma? Ese alma que a cada cual se le imponía como sentimiento omnipotente de un valor incomparable e indestructible, como deseo inagotable y poder de gozar, sufrir y ser uno mismo que nada podía alterar, ese alma es un valor depreciado. El individuo se muere. Se ahoga en el número. Las diferencias se desvanecen ante la acumulación de seres. Vicio y virtud no son ya sino distinciones imperceptibles que se funden en la masa de lo que llaman «material humano». La muerte ya no es más que una de las propiedades estadísticas de esa aterradora materia viva. En donde pierde su significado y dignidad... clásicos. Pero la inmortalidad de las almas ha de seguir necesariamente la misma suerte de la muerte que la definía y le daba su sentido y su precio infinito...

MEFISTÓFELES.—¿Estás diciendo auténticos horrores!

FAUSTO.—Digo lo que se está haciendo. No hay nada de mí en todo eso. Pero hacía falta dejarte claro lo que hay para acabar de seducirte.

MEFISTÓFELES.—Pues acaba... Y toma mis cuernos, después de tal afrenta... además, bien pronto tendrás los tuyos, mi querido profesor...

FAUSTO.—No es momento de bromear. Ya acabo. ¿Estás seguro acaso, mi querido diablo, de que tu puesto eminente te será conserado

eternamente, de que allá Arriba no les parecerá alguna vez que eres un agente cuyo celo se entibía, que no renueva sus métodos, que rinde poco...? Tu empleo es el más importante que hay en la administración de la Justicia Suprema. Pero puede que ya no inspires la misma confianza. No está escrito que nunca vayan a encontrar alguno peor que tú...

MEFISTÓFELES.—Querido, no hay sustituto para el Primer Arcángel... yo habré caído, sí, ¡pero de lo más alto! (*por un instante aparece iluminado por una luz violácea*).

FAUSTO.—Sin duda... Pero cuando hayas conocido mejor a los mortales de hoy, ya entenderás. Todo el sistema del que tú eras una de las piezas esenciales no es ya más que ruina y disolución. Debes confesarte que te sientes perdido, casi incompetente, entre todas esas gentes nuevas que pecan sin saberlo y sin darle importancia, que no tienen ninguna idea de eternidad, que arriesgan sus vidas diez veces al día por disfrutar de sus nuevas máquinas y hacen mil trucos de prestidigitación que tu magia ni soñó nunca, y ahora están al alcance de niños y de idiotas... y que hacen producir a esos milagros un volumen de negocios inconcebible...

MEFISTÓFELES.—¿Hacen oro?

FAUSTO.—No tardarán. Por lo demás, el mismo oro se muere, y ahora obtienen metales cien mil veces más preciosos.

MEFISTÓFELES.—Y el becerro de oro, qué...

FAUSTO.—Mañana valdrá menos que el natural.

MEFISTÓFELES.—¿Acaso resucitan a los muertos?

FAUSTO.—Ni ganas.

MEFISTÓFELES.—¿Por qué? Ese era el gran juego.

FAUSTO.—Porque les parece que cada cual a su turno, y que los que entran ocuparán esos puestos.

MEFISTÓFELES.—¡Ah!... Son fuertes los de hoy... Miedo me da que hayan comprendido. Esto es grave. ¡No, si ya veía yo con mi rayo especial que todo se estaba yendo a... a la diablesa. Las gentes se convierten, se pervierten, y vuelven a su confesión para casarse o por escribir un libro. Pasan de un salto por las religiones como el acróbata a través

de un aro de papel. En la India se hacen bautizar por unos pantalones, y en París, por entrar en la Academia. Y se casan, se descasan y se recasan, mientras la Iglesia pierde la cabeza entre anulaciones, uniones mixtas, y casadas falsas y verdaderas, sin saber ya dónde empiezan ni dónde acaban concubinas, esposas, consumadas y por consumir. ¡Ay!, ¡qué mal lo pasan en Roma! Y en lo que me toca, me veo obligado a rehacer mi derecho canónico; sobre todo con los norteamericanos, que tienen tantos medios, es algo de locura...

FAUSTO.—¡Pobre diablo!

MEFISTÓFELES.—Sí... pero ¡pobres gentes! ¡Era tan bello el mal, antaño! Y yo, su inteligencia y su principio. Dolor y placer eran dos cuerdas de un violín que tocaba yo como un Orfeo.

FAUSTO.—La Belleza ya no existe. Y el Mal es envilecido. Así es que... ya te tengo. ¿Ves lo que te espera si te quedas en el viejo diablo con sus viejas trampas? ALLÁ ARRIBA, ELLOS te juzgarán insuficiente, y ya no valdrás más que para cargar grillos en el último fondo de los infiernos. Aquí, no dejarás memoria más que en el guiñol, bajo la cachiporra...

MEFISTÓFELES.—Después de todo... puede que no sirva para nada. Quizá me funde en una idea falsa...

FAUSTO.—¿Cuál?

MEFISTÓFELES.—Que la gente no es lo bastante... mala para perderse por sí sola, por sus propios medios.

FAUSTO.—A fe mía, no veo nada que no te dé la razón... Pero ¿qué decides?

MEFISTÓFELES.—Venga... ¡sea! Firmo. (*Descubre un brazo muy velludo.*)

FAUSTO.—No seas bruto. Nada de sacar sangre. Eso ya no es más que una formalidad terapéutica. Los papeles y las firmas se han acabado. Hoy los escritos vuelan aún más deprisa que las palabras que la luz lleva en volandas. Ya nadie los quiere. Así que estamos de acuerdo. Voy a llamar a la señorita...

MEFISTÓFELES.—Inútil. Ya está hecho. ¡Ahí llega jadeante! ¡Aún me quedan algunos pequeños trucos en la manga! ¿La oyes?

(*Se oye gritar a Lust.*)

ESCENA TERCERA
LOS MISMOS, LUST

LUST.—¡Maestro... Maestro... Socorro...! (*Entra.*) ¡Deprisa, venga... Maestro... Llame a todo el mundo...!

FAUSTO.—¿Qué pasa?

LUST.—El fuego... De repente ha invadido el laboratorio... Deprisa, venga... Todo está en llamas...

MEFISTÓFELES.—Es inútil, se acabó.

LUST y FAUSTO.—(*A una.*) Ah... Ah...

MEFISTÓFELES.—Sí.

LUST.—Ah... Ya entiendo... Es usted... el Diabre. (*Hace una reverencia.*) Es curioso, no me da ningún miedo.

MEFISTÓFELES.—Eso espero, bella muchacha. Si diera miedo no sería yo el diablo. Yo tan solo... puedo dar miedo.

LUST.—¡Oh, claro que creo que puede convertirse en algo espantoso, en una bestia horrible, en monstruo, en pulpo, en mono...!

MEFISTÓFELES.—No salgo todos los días en traje de gala. Precisamente cuando me arreglo de repulsivo es cuando menos hay que asustarse.

LUST.—Pero entonces, no tengo la sensación de haber visto al diablo de verdad, y no tendré nada que contar. Está usted bastante bien así, pero se parece a todo el mundo.

MEFISTÓFELES.—Tenga cuidado... Nada más peligroso que todo el mundo. Y si no, escuche un poco lo que todo el mundo dice de todo el mundo...

LUST.—Ya sé... está lleno de víboras, seguro.

MEFISTÓFELES.—(*A media voz.*) Y si supiera lo que todo el mundo dice de usted...

LUST.—¿De mí?... ¿Qué es lo que dicen de mí? No pueden decir nada... ¿Qué es lo que dicen?

FAUSTO.—Espíritu del mal, no me le calientes la cabeza.

MEFISTÓFELES.—Eso sería inútil. Solo quiero darle una ligera idea del diablo. Una simple impresión. Bella niña, ¿sigue usted en lo de tener miedo?

LUST.—Ya no sé, señor... ya no lo sé.

MEFISTÓFELES.—Venga, un poco más aquí. Acérquese... Acérquese. Mire, ahora se acerca usted sola... Míreme a los ojos. Fijamente... Más aún...

Lust lanza un grito y se cubre la cara.

FAUSTO.—Vamos, no la atormentes... ¿Qué le has enseñado en tus pupilas?

MEFISTÓFELES.—Nada. El fondo del fondo de sus pensamientos.

LUST.—¡Ay!... ¡Dios mío...! *(Se deja caer en una silla.)*

FAUSTO.—¡Chsst! *(Le tapa la boca.)*

LUST.—Estoy segura de que acabo de ver algo del infierno...

MEFISTÓFELES.—Qué va... Que no... Venga aquí conmigo, un poco más, Dama de Cristal. Quiero verla a usted en transparencia... A mi manera... Venga, venga... *(Va, como atraída.)* Ahí... ahí... dese la vuelta... deme la espalda... ahí. Ahí. Ahora, sin miedo... ¿Sin miedo? ¿Aún sin miedo? Ahí... Ahora le voy a coger la nuca. Ahí. ¿No le hago daño? Yo nunca hago daño. ¡Ahí! Suave. Muy suave... ahí. *(A ella le tiemblan todos sus miembros.)* ¿Le hago daño? No... *(Muy lentamente, con una pausa entre sílaba y sílaba, con voz profunda.)* Es...ta no...che, es...ta no...che, se acos...tó a... las... dos. *(Pausa.)* Hací...a... ca...lor, mucho... ca...lor, de...ma...siado... calor... Usted... se que...dó... dor...mida, dor...mida... boca... arriba... boca... arriba... bien... ancha... an...cha... y... so...ño... soñó que... que... *(Le habla al oído: ella se contorsiona voluptuosa bajo la mano de Mefistófeles.)* Bien... Luego... se des...pertó, se despertó... y des...pierta, despierta usted... usted se... *(Le dice unas palabras al oído y retira su mano. Lust cae de rodillas, luego se apoya en las manos; se levanta entre lágrimas que ahoga y huye tapándose la cara, toda ruborizada.)*

FAUSTO.—Es innoble. ¡Me repugnas! La machacas... Y tenemos que trabajar juntos...

MEFISTÓFELES.—Bah, sí no era nada... ¡Una convulsión grosera! *(Se encoge de hombros.)*